

MONA KASTEN



LONELY
HEART

ESCUCHA A TU CORAZÓN

MONA KASTEN



LONELY HEART



ESCUCHA A TU CORAZÓN



Traducción de María José Díez Pérez



Rosie

Me eché un poco hacia delante para acercar más la boca al micro.

—¿Qué historia cuenta tu álbum *First Dreams*? —pregunté mientras miraba a la chica que tenía sentada frente a mí en el sofá.

Llevaba el pelo castaño recogido en un moño bajo (un peinado que no pegaba nada con su ropa), un *blazer* metalizado y vaqueros *boyfriend* con grandes rotos en los muslos que dejaban a la vista su piel bronceada. Ashley Cruz era una estrella de los pies a la cabeza. Se notaba no solo por su look perfecto, sino también por su actitud y su forma de responder a mis preguntas.

—*First Dreams* habla de mí, de la chica que fui y de la mujer en la que me he convertido a lo largo de estos últimos años. En este momento me encuentro en un punto de mi vida en el que tengo la sensación de que no estoy obligada a decidirme por una sola historia —contestó mientras se retrepaba en el sofá de piel marrón. Subió las piernas y se puso cómoda.

Me alegré para mis adentros. Aunque acababa de dar-

me la misma respuesta que había dado en prácticamente todas las entrevistas que había concedido durante la gira promocional de su nuevo álbum, que pareciese tan relajada en mi presencia lo consideré un éxito rotundo. Eso era justo lo que yo quería cuando las personas acudían al programa: que tuvieran la sensación de que se las escuchaba. Y lo más importante para mí era que se sintiesen a gusto.

—Tus álbumes anteriores siempre contaban una historia, y me gustaron desde el segundo uno —afirmé mientras echaba una ojeada a las notas que tenía delante, en la mesa. En realidad no me hacían falta, pero pasar un momento los dedos por encima y mirar las líneas resaltadas me daba sensación de seguridad—. Sin embargo cuando escuché entero por primera vez *First Dreams...* lo cierto es que flipé, Ashley.

Sus ojos se iluminaron.

—Se siente lo que acabas de decir desde la primera canción hasta la última. Con «We Were Crazy» me levanté de un salto y me puse a bailar, no pude evitarlo; mientras que con «I Think It Was You» lloré a lágrima viva. Con ninguno de tus otros álbumes he tenido tanto la sensación de saber cómo eres de verdad como con este.

Ashley se llevó una mano al pecho y sonrió halagada.

—Me alegra que digas eso, Rosie. En este álbum me he tomado la libertad de mostrarme tal y como soy.

—Y eso también es un desafío, porque te vuelve vulnerable.

Esperaba sinceramente que contestase a ese comentario. Era difícil cuando en realidad no se formulaba una pregunta como tal; en esas situaciones algunos entrevistados no decían nada, y durante un breve instante me em-

bargó la preocupación. Una preocupación que, por suerte, resultó ser infundada, ya que Ashley asintió.

—Y es algo que puede hacer mucho daño —dijo—. Pero en estos últimos años también he aprendido que eso no siempre es malo.

Ahora ya no necesitaba las notas, ni siquiera para que me proporcionaran sensación de seguridad. Lo que Ashley había dicho me daba pie para continuar. Mi asistente de producción, Kayla, me lo confirmó levantando el pulgar; lo vi de reojo, pero intenté no distraerme.

—¿En qué sentido? —inquirí.

Ashley encogió un hombro.

—De esa forma mis fans saben que no están solos. Nadie está solo de verdad, y expresar eso por medio de la música hace bien, la verdad.

—Al escuchar tu nuevo álbum se nota la influencia de numerosos conflictos personales. Me imagino que durante el proceso creativo eso significó algo más que una liberación —apunté con cautela.

A sus ojos castaños asomó algo oscuro. Algo que se podía percibir en cada una de las canciones, repletas de sentimientos, de su tercer álbum. Algo que me había conmovido profundamente al escuchar esas canciones en casa. Lo de llorar a lágrima viva no lo había dicho por decir.

—Los últimos años han sido duros. Fui a terapia y todavía estoy superando cosas que puso de manifiesto mi paso a la vida adulta. No puedo evitar que todo el mundo conozca hasta el más mínimo detalle de mi vida, pero así al menos puedo contar mi versión de la historia. Desde mi punto de vista. Sin concesiones.

¡Sí! Eso era lo que le quería sacar. Respuestas auténti-

cas. Emociones auténticas. Exactamente las sensaciones que transmitía cada una de sus canciones.

—¿Se podría decir que componer casi fue una especie de terapia? —quise saber.

Ashley sonrió.

—Exacto. Mi terapeuta me aconsejó, entre otras cosas, que escribiera mucho. Antes siempre me ponía con las letras de las canciones cuando tenía la sensación de haber procesado algo por completo. Esta vez fue distinto y, al componer, plasmé el dolor, el miedo, la alegría..., todo.

—Me encanta que hables sin tapujos de la terapia. Creo que eso es, sin duda, lo que percibirán tus fans: una forma abierta y honesta de abordar los problemas psicológicos.

—Yo también lo creo. Hay mucha gente que no se atreve a hablar de ello o que piensa que es un bicho raro, que es lo que me pasaba a mí al principio. Todavía me acuerdo de la primera vez que sufrí un ataque de pánico y me encerré en casa durante semanas, sin contárselo a nadie, aunque cada día tenía la sensación de que me iba a dar un ataque al corazón.

—Siento mucho oír eso, de veras. Y creo que te entiendo. Yo he llegado a sentirme tan mal que ni siquiera podía bajar a hacer la compra. —El recuerdo de esa etapa mala de mi vida hizo que se me tensaran los hombros, pero procuré que no se me notase. Ashley se estaba abriendo de tal modo conmigo que quería darle la misma sensación de confianza que me demostraba ella.

Me dedicó una sonrisa de complicidad.

—Sé de lo que hablas. Un hurra a los servicios de entrega a domicilio.

—¡Hurra! —exclamé risueña mientras miraba de sosla-

yo un segundo mis notas. Después carraspeé—. Si ya flipo en colores cuando me hacen un comentario estúpido en Instagram, ni me imagino cómo me sentiría si internet estuviese lleno de titulares sobre mí.

Ashley profirió un suspiro apenas audible. Había aclarado este tema antes con su jefe de prensa para que me diese el visto bueno, solo por eso lo abordaba. Tras terminar su última relación hacía aproximadamente un año y medio, después de que su novio, un conocido rapero, le pusiera los cuernos en público, Ashley se había vuelto muy reservada. Su nuevo álbum era un ataque a todos los *paparazzi* que habían intentado sacarle fotografías cuando estaba llorando, a todos los periodistas que la habían puesto verde aunque ella no tuviese la culpa de nada.

—Decidí no volver a leer nada. Ojos que no ven, corazón que no siente. Prefiero olvidarme del móvil y poner en silencio al mundo un momento. Así es como he podido recuperarme de esta historia.

El jefe de prensa de Ashley levantó las manos como para pedir tiempo muerto: la señal acordada para que yo le hiciera solo una última pregunta. Y tenía que ser una buena, que me permitiera finalizar la entrevista con una nota positiva.

—Creo que con cada una de tus nuevas canciones se percibe esa recuperación de la que hablas. Tu nuevo álbum cuenta una historia preciosa de esperanza. ¿Cómo se puede salir con tanta fuerza de un mal bache?

Tras pararse a pensar en la pregunta, la mirada de Ashley se iluminó un instante. Se pasó las manos por el pelo, aunque del moño no se había salido ni un solo mechón, y después se tocó los grandes pendientes de aro que llevaba.

—Es un proceso largo. A mí me ayudó aceptarme. Por

completo, incluidas las facetas complicadas, los problemas, el pánico, el miedo de no ser lo bastante buena. Todo ello hace que sea la persona que soy, y en este momento me da mucha fuerza ser yo, sin más, y no depender de nadie. Ni del resto del mundo ni mucho menos de lo que opinan los demás. Lo importante soy yo, y con eso me basta y me sobra.

Noté que se me formaba un nudo en la garganta. Sus palabras me tocaron la fibra, y tuve que carraspear para seguir hablando.

—No podrías haberlo expresado mejor. Creo que todos deberíamos aplicarnos el cuento. —Aparté la vista de Ashley para centrarla en la cámara y dirigirme a las personas que nos seguían en *streaming*, cogí el CD que tenía en la mesa y lo sostuve en alto—: *First Dreams*, el nuevo álbum de Ashley Cruz, ya está a la venta. Si lo compráis tal vez os dé tanta fuerza como a mí. —Dejé el CD de nuevo en la mesa y dediqué una sonrisa radiante a Ashley—. Muchas gracias por haber sido hoy mi invitada, Ashley. Ha sido estupendo charlar contigo, me encantaría volver a hacerlo en el futuro.

Ella sonrió a su vez y noté que el nudo que tenía en la garganta empezaba a deshacerse.

—Gracias a ti por haberme invitado. Será un placer volver.

Kayla me hizo la señal pertinente y acto seguido se apagó la luz roja de la cámara y el leve sonido de estática que escuchaba por los auriculares cesó de súbito. Me quité los cascos y los dejé en la mesa. Después me pasé las manos por el pelo, sacudí las puntas, que llevaba teñidas de color violeta, y me levanté deprisa. Pero antes de que pudiera llegar hasta Ashley esta ya tenía a su alrededor a una esti-

lista, a su jefe de prensa y a una asistente, de manera que decidí darles un poco de tiempo antes de ir a despedirme.

Kayla se acercó hasta donde yo estaba. Tenía las mejillas encendidas, un brillo inquieto en los ojos y el cabello caoba alborotado. Seguro que no había parado de tocársele de los nervios. Se lo arreglé como buenamente pude y le puse el flequillo recto con las manos.

—Ha sido increíble, Rosie. ¡In-cre-í-ble! —me susurró con tanta vehemencia que estuve segura de que los demás nos oirían. Sin embargo, estaban ocupados empolvándole la nariz a Ashley, echándole laca en el pelo y hablándole con insistencia a mil por hora.

—Ha ido mejor de lo que esperaba. Estoy supercontenta —contesté.

—En internet la gente se ha quedado flipada. El *streaming* ha tenido muy buena acogida.

—¿De veras? —Hasta yo me di cuenta de que subía la voz. Ella asintió con energía.

—Agárrate, que vienen curvas: cincuenta mil espectadores, y eso en directo. Me muero de ganas de saber cuántos escucharán la grabación.

Negué con la cabeza con incredulidad: hacía poco que habíamos empezado a retransmitir nuestro programa de radio online también en directo en las plataformas habituales. En una ocasión habíamos tenido diez mil espectadores, pero nunca más. Cincuenta mil era... ¡una locura!

—¿Tienes los *cupcakes*? —le pregunté.

Kayla asintió y corrió a la parte de atrás del estudio. Se agachó detrás de su mesa y sacó la caja de color gris azulado atada con un gran lazo. Acto seguido cogió su palo selfie, donde ya estaba colocado mi móvil.

Eché un vistazo a Ashley, que para entonces estaba lista (aunque yo no entendía que fuera necesario retocar tanto a alguien cuyo aspecto ya era perfecto), antes de que Kayla y yo nos mirásemos, enderezáramos la espalda y echásemos a andar hacia la artista y su equipo.

Cuando vio que nos acercábamos, Ashley se levantó con una sonrisa.

—Toma, son para ti —dije al mismo tiempo que le ofrecía la caja de *cupcakes*—. Solo es un detalle para darte las gracias.

Ella cogió la cajita sorprendida.

—Madre mía, ¿son de Pauls Bakery?

Afirmé con la cabeza.

—Los ha comprado mi asistente de producción, que es muy fan. Tanto de ti como de los *cupcakes*.

—Hola —saludó Kayla mientras levantaba maquinalmente la mano.

Le flipaba la música de Ashley. Antes de realizar la entrevista le había tenido que prometer que me aseguraría de que no se pusiera en ridículo. Aunque yo no creyera que Kayla fuese capaz de hacer tal cosa.

Cuando Ashley empezó a sonreír de oreja a oreja, fue como si en nuestro minúsculo estudio saliera el sol.

—Me encantan, muchas gracias. Y gracias también por la entrevista, ha sido muy refrescante después de todas las citas que llevo ya con la prensa.

—Ash, la hora —anunció con voz áspera el jefe de prensa, que estaba a su lado y dirigía una mirada estresada a su móvil—. Si queréis algo más, que sea ya. El chófer nos está esperando.

Ashley puso los ojos en blanco de manera casi imperceptible y se dirigió a nosotras de nuevo.

—¿Queréis que nos hagamos una foto?

Dicho por cualquier otra persona es probable que la pregunta hubiese parecido arrogante, pero en su caso era justo lo contrario. Sentí que Kayla literalmente vibraba a mi lado.

—Me encantaría —repuse, y señalé con la cabeza hacia la pared donde ponía «Rosie Hart Show».

Ashley se colocó en el centro y Kayla me entregó el palo selfie con mano temblorosa. Por fuera no se le notó nada cuando Ashley le pasó un brazo por los hombros, pero habría apostado cualquier cosa a que por dentro estaba como loca. Me situé en el otro lado y levanté el palo.

—¡Decid «patata»! —exclamé, y las tres sonreímos mirando a la cámara; Kayla y yo exageradamente y Ashley con un gesto ensayado. Pulsé el disparador varias veces.

—Tic, tac —le recordó el jefe de prensa.

—Gracias de nuevo por la entrevista. Y por los *cupcakes* —dijo Ashley deprisa, y los ojos le brillaron cuando sonrió a Kayla, que para entonces daba la impresión de que apenas podía respirar ya.

Consciente de que mi compañera probablemente no era capaz de pronunciar una sola palabra, me aclaré la garganta y dije:

—De nada. Mucha suerte en el resto de la gira promocional. Nos encanta el álbum, de veras.

Antes de que Ashley pudiera contestar, su equipo ya la estaba empujando hacia la salida.

La puerta se cerró con un crujido y yo sentí que la tensión acumulada se desvanecía en el acto. Era lo que solía ocurrir cuando entrevistaba a estrellas. Antes de pasar a la acción siempre estaba muy nerviosa, pero en cuanto me colocaba los auriculares y se encendía el micrófono, me en-

contraba en mi elemento. Y después ya solo estábamos la persona que tenía delante, con la que quería mantener una conversación profunda, y yo. Pero en el segundo en el que Kayla y yo nos quedábamos solas, era como si hubiese consumido toda la energía que tenía en el trabajo que acababa de realizar, y me sentía agotada y vacía y la mayoría de las veces solo tenía fuerzas para irme a casa.

Me restregué la cara y me volví hacia Kayla, que seguía con la vista clavada en la puerta.

—¿Lo ves? No te has puesto en ridículo —dije para animarla.

Kayla se sobresaltó; era como si estuviese soñando y la hubiera despertado.

—No... no he conseguido decir una sola palabra. —Profirió un suspiro y enterró el rostro en las manos—. Y eso que me había preparado todo un discurso. Jo, la he cagado.

Le eché un brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—De eso nada. Ha sido in-cre-í-ble, palabras tuyas. Y ella ha dicho que incluso volvería. La próxima vez le podrás decir todas las cosas que no has sido capaz de decir ahora. —A continuación retiré el móvil del palo selfie y abrí las fotos que acababa de hacer—. Mira qué chulas. Podemos recortarme y enmarcar una para que la pongas en tu mesa.

Poco a poco parecía que Kayla iba saliendo de su estado de shock. Me dio con un codo en un costado y me quitó de la mano el móvil. De su garganta salió un hondo suspiro.

—¿Has visto lo guapas que estamos?

—Mucho —coincidí, y fui al sofá donde hacía apenas unos minutos estaba sentada Ashley. Me dejé caer en él sin fuerzas y me quité el pelo de la frente.

—Lo has hecho superbién, Rosie. De verdad. Creo que

nunca antes habíamos tenido tantos comentarios positivos. —Kayla apagó las luces del estudio y fue a su mesa, donde volvió a clavar la vista en la foto de Ashley, ella y yo.

Cerré un momento los ojos.

—¿No es increíble? Acabamos de grabar un programa con Ashley Cruz.

Ella sonrió.

—¿Quién habría pensado que el programa que empezó en tu habitación de cuando eras pequeña llegaría a tener tanto alcance?

Kayla estaba conmigo desde hacía tan solo tres años. Desde que me mudé a Los Ángeles y por fin me decidí a buscar una asistente de producción, porque yo sola ya no podía con tanto trabajo.

A diferencia de ella, yo siempre había creído en el programa. No me había quedado más remedio, en vista de que nadie más creía en él. Creí en él cuando mi padre me dijo lo absurda que le parecía la idea. Cuando mis compañeros de instituto se rieron de mí porque solo quería pasar el tiempo metida en mi habitación, hablando de música en internet con un micrófono barato. Cuando, con quince años, me tiraba horas esperando a la puerta de las salidas traseras de clubes en los que no podía entrar por ser demasiado pequeña, por si podía intercambiar un par de frases con los grupos de música indie que tocaban en ellos. El Rosie Hart Show era mi vida. Me había acompañado tras la muerte de mi madre, hacía seis años. Siempre había estado ahí, me había agarrado a él cuando para mí solo había dolor. Y ahí seguía ahora, a mis veintiún años.

—Rosie —dijo Kayla de pronto, con voz ahogada.

Abrí los ojos y me erguí para ver qué quería.

Mi amiga miraba la pantalla del ordenador con los ojos como platos y la boca ligeramente abierta, mientras negaba con la cabeza como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Después esbozó una enorme sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada. Cuando sonreía de ese modo, Kayla parecía peligrosa.

Dejó la pantalla del ordenador para mirarme a mí.

—Ahora tienes que ser muy fuerte, ¿vale? Prométeme que no vas a flipar.

—¿Qué pasa? —repetí, esta vez de manera más enérgica.

Kayla entrelazó las manos y las levantó por encima de la cabeza hasta hacer crujir las articulaciones. Viéndola así casi parecía la malvada de una película mala. A continuación unió las manos por detrás de la cabeza.

—¿Adivina quién acaba de confirmar su asistencia al programa?

Su tono era elocuente y, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo, percibí el ligero temblor en su voz. Me paré a pensar febrilmente de quién estábamos esperando recibir confirmación, pero lo cierto era que no teníamos a nadie más pendiente. A no ser que...

—No —musité.

Kayla se puso a aplaudir.

—Rosie, por fin han confirmado: ¡Scarlet Luck va a venir al programa!

Me quedé mirándola como embobada.

Sus palabras tardaron unos segundos en llegar hasta mí. Y entonces, cuando finalmente comprendí lo que había dicho Kayla, pegué un grito.